



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

EL CIELO OBLICUO

BELÉN GARCÍA ABIA



errata naturae

Índice

| | |
|--------------------|----|
| LA ANUNCIACIÓN | 9 |
| GENÉTICA | 25 |
| DENTRO DE UNA CAJA | 39 |
| LA MUJER FERROZ | 51 |
| EPÍLOGO. TELMO | 63 |

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2015

© Belén García Abia, 2015
© Errata naturae editores, 2015
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-93-0

DEPÓSITO LEGAL: M- 12034-2015

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE CUBIERTA: Untitled, Rome, 1977-1978 / Francesca Woodman /

© courtesy George and Betty Woodman

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

*Sin duda, un día iba a merecer el cielo de los oblicuos,
donde sólo entra quien es torcido.*

Clarice Lispector, *La hora de la estrella*

LA ANUNCIACIÓN

Comienzo el libro con la aparición de un ángel. Estoy durmiendo, entrebrazo los ojos y ahí está, de pie frente a mí. Es un clásico ángel católico: túnica, pelo largo, alas con plumas. La cara parece de cera, a veces de porcelana. Da miedo a pesar de que tiene un gesto amable.

Extiende los dos brazos, abre las palmas de las manos. En la mano derecha se amontonan infinidad de textos y cuadernos. En la izquierda, un feto de unos nueve meses. Me levanto y me sitúo frente a él. Casi puedo tocar las puntas de sus dedos. Me acerco y recojo mis textos. Dejo que se guarde de nuevo al bebé bajo su túnica.

Lo que busco al empezar el libro con esta imagen es darle un aire de irrealidad para que el lector no mezcle las voces de la narradora y la autora. Es una estrategia de huida.

Escribo para dejar de ser yo.

Se lo cuento a L. Ella cree en los ángeles pero no cree en que haya que decidir entre dos cosas. Le parece un poco estúpido ese ángel. Creo que también le parece estúpida mi idea pero no lo dice.

Escribo para explicárselo. Para explicármelo.

L cree que todo lo que sentimos y creemos tiene su fiel reflejo en el cuerpo. Que es un espejo de lo que realmente llevamos por dentro. L me explica que la presencia de miomas tiene que ver con la incapacidad de crear.

Escribo:

Debo de tener un nudo en el útero, eso debe de ser, un nudo fuerte que no permite que nada salga de mi vientre.

Cuando la ginecóloga me informa de las dimensiones de mis miomas —uno de dos y medio, otro de cuatro—, lo hace con desprecio. Le pregunto posibles

soluciones, intervenciones, y el rencor le llena la cara, la boca, la mueca y me escupe un «lo», un «para lo que va a servirte a tu edad», y pienso en cómo mi hijo y mi dolor caben en una palabra tan pequeña, en un «lo» insignificante.

Lo, lo, lo.

Escribo:

*Marcas de mordiscos en los pechos, en un costado.
Mordeduras pequeñas, todo me hace pensar en ratas.
Mientras hablo suben por mi cuerpo y me muerden.
Una rata se cuele en mi vagina y me desgarrar por dentro.
Quiero que me coma entera,
quiero que me vacíe
y así no tener que amar fuera de mí.*

En realidad vi al ángel. Tan sólo recuerdo su piel, parecida a la cera o la porcelana y las puntas de sus dedos próximas a mi cuerpo.

Detrás de la ginecóloga no hay ningún ángel. A su derecha, apoyada en su hombro, hay una mujer que no

llega a los cuarenta y tantos. Si es su madre murió joven, tal vez en el parto. Y tal vez por eso odie a las mujeres que desean ser madres viejas. Tal vez por eso me odie. O mis pechos, más bonitos que los suyos. O que yo llevo un ángel conmigo y ella a una madre muerta. Las madres muertas pesan mucho más que los ángeles.

Le cuento a C que quiero escribir un libro sobre la maternidad, le explico que no me gusta clasificar, que no quiero hablar de literatura de mujeres, que los libros deben defenderse por sí mismos, sin clasificaciones ni etiquetas, y si me apuras, sin siquiera el autor. C me responde con un largo correo. Me gustaría que nos encontráramos en un café, esta conversación daría para muchas horas. Ella defiende la literatura de mujeres y leo en su correo: «Leer a las mujeres es leer nuestra voz, un deber con nosotras».

Escribo para escuchar esas voces.

Muriel Spark abandonó a su marido. Se embarcó en un buque y huyó. Al llegar, dejó a su hijo en Edimburgo, con su madre. Tal vez la madre de Muriel Spark era más madre que Muriel o tal vez a ella también se le presentó

un ángel. En una mano llevaría sus futuros libros escritos, su vida en Londres, su amistad con Graham Green, y en la otra, la versión en miniatura de su hijo. Muriel Spark no habría elegido a Robin. Así se llamaba su hijo. Leo que no asistió al entierro de su madre.

C me envía una lista de libros que pueden ayudarme. C me envía una lista de escritoras que le gustan. He leído a la mayoría de ellas. A muchas las he leído pero no como mujeres, sino como libros. C se pregunta por qué siempre a las escritoras se les añade el nombre de pila y a los escritores no. Amplió su lista.

Martín Gaité, Lessing, Garro, Colette, Lispector, Walker, Morrison, Ginzburg, Woolf, Mansfield, Plath, Welty, Munro, Nin, Duras, Némirovsky, Venturini, Yourcenar, Kristof, Müller, McCullers, Hustvedt, Ozick, Vicens, Dinesen, Pizarnik, Ocampo, Oates, Sexton.

Escribo para leerlas.

Pizarnik no tuvo hijos.
Tampoco O'Connor.

A Martín Gaité se le murió una hija.
A Didion también.
Ambas escribieron un libro sobre ello.

Mi ginecóloga no sabe que voy a escribir un libro sobre mi no-maternidad, tampoco sabe que aparece en él; ella y su cara de desprecio, ella pronunciando ese pequeño «lo», ella y su madre muerta, su hombro y su madre muerta apoyada en él.

Él me pide intentarlo. Intentar-lo. Todo una vida resumida en un pequeño «lo».

Escribo:

Debo de tener un nudo en el útero, eso debe de ser, un nudo fuerte que no permite que nada salga de mi vientre. Me pienso de cuclillas, metiéndome la mano dentro de la vagina y saco el nudo hacia fuera. Lo imagino blando, un fuerte y grueso nudo blanco.

Hace años de este texto. Ya no recuerdo si fue antes o después de ver el ángel.

Escribo para reconstruir los recuerdos.

Leo que Robin Spark no cree en los recuerdos, que no desea recordar nada. Afirma que los recuerdos no sirven.

A mí me sirven. Desde ahora. Desde la palabra.

Él me pidió que tuviéramos un hijo, que lo intentáramos, con todo el amor que cabía en ese «lo».

Lo.

En ese tiempo me dolía no conseguirlo. Me dolía el cuerpo.

2005-2009. Las fechas que habría grabado en su lápida. La esperanza de engendrarte.